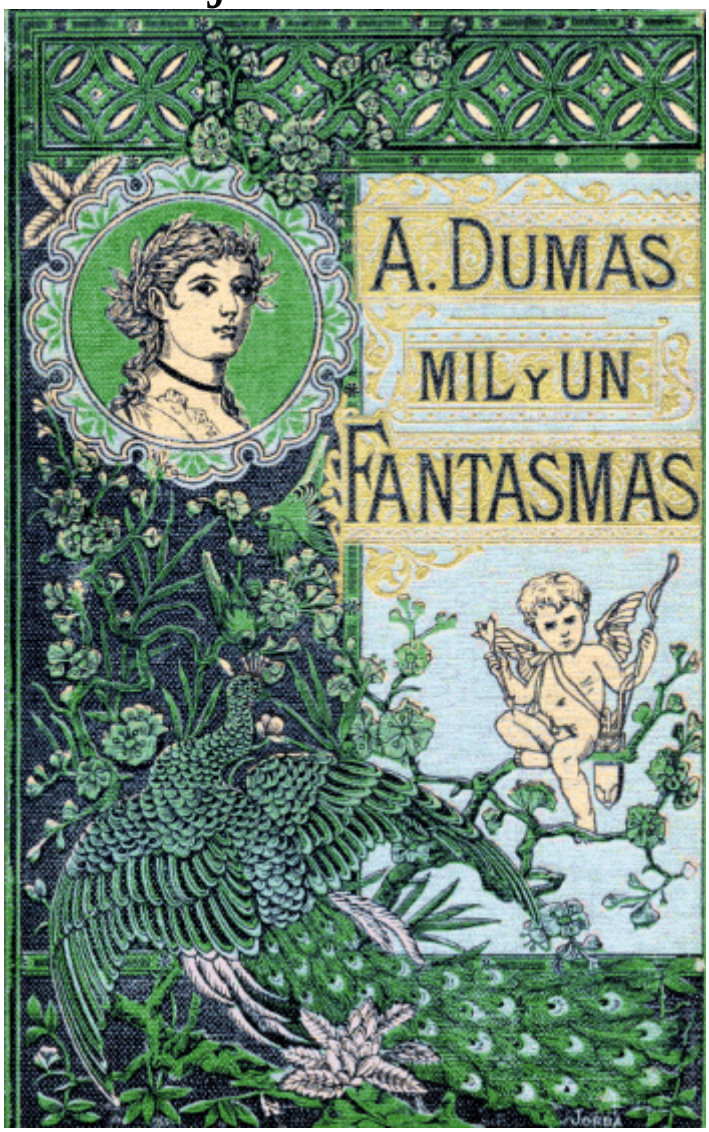
LIBRO dot.com

MIL Y UN FANTASMAS

(Segunda Parte)

Alejandro Dumas



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

UNA COMIDA EN CASA DE ROSSINI

I



Salía yo para Italia, en 1840, por tercera o cuarta vez, y entre otros encargos, llevaba el de ofrecer, en nombre de mi buen amigo Dennié, un velo de encajes a la señora Rossini que residía en Bolonia con el ilustre compositor al que El Conde Ory y Guillermo Tell han dado cartas de naturalización francesa.

No sé si después de mí quedará algo de mí; pero en todo. caso y por lo que pudiera ser, he tomado la piadosa costumbre, olvidando a mis enemigos, de enlazar el nombre de mis amigos no sólo con mi vida intima sino también con mi vida literaria. Así, a medida que avanzo hacia el-porvenir, arrastro conmigo todo lo que ha tomado parte en mi pasado, todo lo que se ha mezclado con mi presente, como un río que n4 contento con reflejar las flores, los bosques, las casas de sus riberas, se llevara al Océano la imagen de esas casas, de esos bosques, de esas. flores.

Con esto nunca estoy solo si tengo sobre mi mesa una obra mía. Abro entonces el libro-, cada página recuerda un día transcurrido, y ese día renace al instante, del alba al crepúsculo, animado por las emociones mismas que le llenaron, poblado de los mismos personajes que le atravesaron. ¿Dónde me encontraba yo aquel día? ¿A qué lugar del mundo iba a buscar una distracción, a pedir un recuerdo, a coger una esperanza, botón que se marchita a menudo antes de abrirse, flor que se deshoja a veces antes de desarrollarse? ¿Visitaba Alemania; Italia, Africa, Inglaterra o Grecia? ¿Subía el Rhin, rezaba en el Coliseo, cazaba en la Sierra, atravesaba el desierto, meditaba en Westminster, grababa mi nombre sobre la tumba de Arquímedes o sobre la roca de las Termópilas? ¿Qué mano estrechó la mía ese día? ¿La de un rey sentado en el trono o la de un pastor guardando su rebaño? ¿Qué príncipe me llamó su

amigo? ¿Qué mendigo me apellidó su hermano? ¿Con quién partí mi bolsillo por la mañana? ¿Cuáles han sido en veinticuatro años las horas felices señaladas con lápiz o las sombrías marcadas con carbón?

Ay de mí? lo mejor de mi vida pertenece ya a los recuerdos; soy como uno de esos árboles de frondoso ramaje llenos de pájaros mudos al mediodía, pero que despertarán hacia el ocaso, y que, llegada la noche, llenarán mi vejez de aleteos y de cantos, alegrándola con su júbilo, sus amores y sus murmullos. Pero ¡ay! la muerte derribará el árbol hospitalario, y al caer, ahuyentará a los bulliciosos cantores, cada uno de los cuales es una hora de mi vida.

Y ved ahí cómo un solo nombre me ha desviado de mi camino lanzándome de la realidad a la ilusión.

El amigo que me había encargado llevar el indicado velo, no existe ya. Tenía un ingenio encantador, era un graciosísimo narrador dé anécdotas; en su compañía he pasado no pocas

veladas en casa de la distinguida señorita Mars, segada también por la inexorable muerte, que la arrebató como pudiera arrebatar una estrella al cielo de mi vida.

Dirigíame a Florencia, término de mi viaje; pero en vez de detenerme allí, ocurrióseme la idea de adelantar hasta Bolonia y de cumplir el encargo como digno mensajero, es decir, entregando personalmente el velo en propias manos de la hermosa dama a quien iba destinado.

Necesitábanse tres días para ir y tres para volver, y además un día de permanencia; total siete días, siete días gastados, perdidos. Pero, en verdad, iba a ver a Rossini, a Rossini que sin duda acababa de desterrarse por miedo de ceder a la tentación de escribir alguna nueva obra maestra.

Recuerdo que llegué a Bolonia a la caída de la tarde. La ciudad parecía de lejos sumergida en un vapor, por encima del cual se elevaban, se destacaban sobre el sombrío fondo del Apenino, la catedral de San Pedro y las dos rivales de la torre inclinada de Pisa, la Garizeuda y la Asinelli. De vez en cuando, el sol, próximo a ocultarse, lanzaba un postrer rayo que inflamaba los cristales de algún palacio, como si estuvieran llenas de llamas las salas; en tanto que el Reno, pintado con todos los colores del cielo que reflejaba, serpenteaba por la llanura como cinta de plateado moaré. Gradualmente el sol fue escondiéndose tras los montes y los cristales que relucían poco antes fueron poco a poco oscureciéndose. El Reno tomó el aplomado tinte del estaño; en seguida llegó la noche rápida envolviendo la ciudad con sus negros mantos que en breve dejaron traslucir millares de puntos tan luminosos como los que brillaban en el cielo.

Las diez serían cuando entré en la fonda de los Tres Reyes. Mi primer cuidado fue el de enviar mi tarjeta a Rossini; que desde aquel instante puso su palacio a mi disposición. Al día siguiente a las once estaba en su casa.

El palacio de Rossini es, como todos los palacios italianos, un compuesto de columnas de mármol, de frescos y de cuadros, espacioso y suficiente para contener tres o cuatro casas francesas, construido para verano, no para invierno, es decir, lleno de aire, de sombra, de frescor, de rosas y de camelias.

En Italia, como es sabido, las flores parecen nacer en los aposentos y no en los jardines, donde no se ven ni oyen más que cigarras.

Rossini habitaba ese mundo de salas, de aposentos, de antesalas y de terrados. Siempre alegre, risueño, chispeante de verbosidad y de ingenio; su mujer, al contrario, cruzaba los mismos aposentos, risueña como el maestro, pero lenta, grave y bella como la Judit de Horacio Vernet.

Saludóme con exquisita afabilidad; y me apresuré a entregarle el famoso velo negro que era causa de mi visita a Bolonia.

Rossini había dispuesto ya su comida. Deseaba que mis compañeros de mesa me fuesen simpáticos, y sabiendo que un día u otro debía yo ir a Venecia, había invitado a un joven poeta llamado Luis de Scamozza, que acababa de terminar sus estudios en aquella famosa universidad de Bolonia que ha dado por divisa a la moneda de la ciudad: Bononia Docet.

Tena yo cuatro horas a mi disposición para visitar a Bolonia que contaba abandonar al día siguiente, salvo el volver más adelante. Pedí pues permiso a Rossini, y emprendí mi paseo en tanto que el ilustre maestro bajaba a la cocina con objeto de vigilar muy de cerca un plato de stuffato acompañado de mucaroni, para cuya preparación pretende Rossini que no tiene rival en toda la península itálica, desde que ha muerto Alberoni.

En otra ocasión quizá narraré las maravillas de la ciudad universitaria. Describiré aquel Neptuno en bronce, obra maestra del célebre hijo de sus muros a quien ha bautizado con su propio nombre; su catedral de San Pedro rica sobre todo en la Anunciación de Luis Carrachio; mediré la inclinación .de sus dos torres, texto eterno de querellas entre los sabios, que todavía no han logrado decidir si se inclinan por un capricho del arquitecto o por efecto de un terremoto; es decir, si han sido inclinadas por mano del hombre o por el hálito de Dios. Pero hoy tengo prisa para volver a mi historia y vuelvo.

A las seis estábamos reunidos en casa del célebre maestro, alrededor de una larga mesa colocada en medio de un vasto comedor pintado al fresco, ventilado por todas partes. La mesa, según las costumbres italianas, estaba cubierta de flores y de frutas heladas, dispuesto todo para servir de acompañamiento al famoso stuffato, la obra maestra de la comida.

Nuestros convidados eran: Dos o tres sabios italianos, es decir, una muestra de esas gentes que discuten durante un siglo si la historia de Ugolino es una alegoría o un hecho; si Beatriz es una ilusión o una realidad; si Laura tuvo trece hijos o solamente doce;

Dos o tres artistas del teatro de Bolonia, entre ellos un joven tenor llamado Roppa que al sentirse, de pronto, dotado de una hermosa voz, pasó de las cocinas de un cardenal al teatro de la Fenice.

Después el joven estudiante-poeta, del cual me había hablado Rossini, figura triste o melancólica, mejor dicho, noble soñador, en el fondo de cuya alma vivía la esperanza de la regeneración italiana; admirable soldado que hoy en día defiende como un Héctor á la heroica Venecia que hace revivir las maravillas imposibles de la antigüedad, luchando como una nueva Troya, una nueva Siracusa, una nueva Cartago. Por último Rossini, su mujer y yo.

La conversación versó sobre Dante, sobre Petrarca, sobre el Tasso, sobre Cimarosa, sobre Pergolese, sobre Beethoven, sobre Grimod de la Reyniere y sobre Brillat-Savarin, y, debo consignar, en elogio de Rossini, que me pareció tener las ideas más claras y más fijas acerca de estos dos ilustres gastrónomos.

Apresúrome a añadir que se hallaba brillantemente sostenido en ese terreno por Roppa que, ignorante de las teorías, pero fuerte en la práctica, hablase dedicado diez años a la cocina sin conocer a Carême, como se dedicaba hacía ya cuatro años a la música sin conocer a Grétry.

Toda esa conversación me indujo a preguntar a Rossini por qué no escribía ya música.

-Creía haber dado una razón poderosa, me contestó.

-¿Cuál?

-La pereza.

-¿Y es la única razón?

-Creo que sí.

-De manera que si un empresario os acechase en un rincón de su teatro y os apuntara una pistola al pecho...

-Diciéndome; "Rossini, vas a escribir tu más bella ópera", ¿no es verdad?

-¡Pues bien, la escribiría!

-¡Ay!, tal vez había más amargura que candor en esta última palabra.

Por lo demás, quizá me engaño, pero nunca he creído en esa sencillez de un gran genio, y cada vez que Rossini hablaba de cocina ante mí, me parecía siempre que era para no hablar de otra cosa.

-Veamos, respondedme; Berlioz, ese gran músico-poeta ¿no encierra, como en Ugolino, algún mito indescifrable en ese ilustre Pezzarés que diviniza los macaroni y desprecia la berza ácida?

-¿Entonces, dije yo a Rossini, toda la cuestión se reduce a una emboscada?

-Y no a otra cosa.

-¿Y si, en vez de una pistola, se os presentaba un poema?

-Probadlo.

-Mirad, Rossini; tal vez os parezca extraño lo que voy a decir, pero si yo escribiese para vos, trocaría el orden acostumbrado.

-¿Cómo es eso?

-Sí; en vez de daros yo un poema para que compusierais la música, vos me daríais una partitura y yo os escribiría el l libreto.

-¡Vamos a ver!, dijo Rossini, explicadme vuestra idea.

-¡Oh!, es muy sencilla. En la colaboración del compositor y del poeta ha de ocurrir forzosamente que el uno absorba al otro; que el poema mate la partitura o que mate la partitura al poema. Ahora bien, ¿cuál de los dos ha de sacrificarse?... el poeta, pues que, gracias a los cantantes, jamás se oyen los versos, mientras que, gracias a la orquesta, siempre se oye la música.

-¿Así, pues, vos sois de los que creen que los buenos versos inspiran al compositor?

-Ciertamente, mi querido maestro: la poesía, y la poesía como la de Víctor Hugo y Lamartine, lleva consigo su propia música. No es hermana de la música, es una rival; no es aliada, es adversaria. En lugar de prestar su ayuda a la sirena, la encantadora lucha con ella; combate parecido al de Armida y de la hada Morgana. La música queda victoriosa, pero la victoria extenúa.

-¿Entonces, consentiríais en escribir poesía sobre música?

-Sin duda; consentiría en ello, y o que he escrito trescientos volúmenes y veinticinco dramas, porque forzaría a mi amor propio a ayudaros, a serviros, porque, ya que me elevo sobre la cima cuando quiero, miraría como una honrosa delicadeza el cedérosla a vos a quien respeto, a quien admiro, a vos, mi hermano en el arte. Yo tengo mi reino como vos el vuestro Si Eteocle y Polinice hubiesen tenido cada uno un trono, no se hubieran degollado, y hubieran probablemente muerto de vejez, felicitándose las pascuas todos los años.

-Perfectamente. Acepto vuestra palabra.

-¿De escribir versos sobre música?

-Pues os la doy. Decidme sólo de antemano qué género de ópera desearíais.

-Quisiera una ópera fantástica. Bien veis, mi querido Berlioz, que había berza acide en el fondo.

-Una ópera fantástica, añadí, ¡cuidado con ello! La Italia con su cielo puro, no es en verdad el país de las tradiciones sobrenaturales. Los fantasmas, los espectros, las apariciones, necesitan las largas .y frías noches del Norte; la oscuridad de la Selva Negra, las nieblas de Inglaterra, los vapores del Rhin. ¿Qué haría una pobre sombra errante por entre las ruinas de Roma, por la ribera de Nápoles, por las llanuras de Sicilia? ¿Dónde se refugiaría, Dios mío, si se veía perseguida por el exorcista? Ni siquiera el más pequeño vapor donde huir, el más leve girón de niebla en que ocultarse, el más pequeño bosque que le sirva de asilo: indudablemente sería cogida, cogida por el cuello y arrastrada a la luz. Atreveos a poblar la noche de sueños, cuando la noche es vuestro día, cuando la luna es vuestro sol, cuando vivís, no de las ocho de

la mañana a las ocho de la noche, sino de las ocho de la noche a las ocho de, la mañana; mientras se deslizan lentamente nuestras sombrías veladas, vosotros improvisáis las serenatas, hacéis resonar vuestras calles con rumores de júbilo, con cantos de amor. Vuestra aparición es una hermosa joven de ojos y cabellos negros, que se asoma al balcón, deja caer un ramillete de rosas y desaparece. ¡Oh! ¡Julieta! ¡Julieta!, si te levantaste de tu sepulcro, fue porque Shakespeare, el poeta del

Norte, te dijo: "¡Levántate!" Y a la voz de ese poderoso encantador, a quien nada podía resistir, obedeciste, bella flor de la primavera de Verona. Pero ninguno de tus, compatriotas pensó antes, ni pensará después, en repetir semejante orden. ¡Cuidado con ello, Rossini, cuidado con ello!

Ya veis que os he dejado hablar, exclamó riendo mi huésped.

-Sí, y espero me perdonéis por haber abusado de vuestro permiso.

-No por cierto, hablad, seguid hablando; aquí tenéis a mi amigo Luis de Scamozza que es poeta como vos, que os escucha y que se encargará de responderos.

Tendí la mano a mi joven colega.

-Ya escucho, le dije.

-¿Sabéis por qué el ilustre maestro os dirige a mi?, me dijo Scamozza sonriendo.

-Porque sabe que tendré un placer en oíros.

-No, no por cierto. Porque sabe que un acontecimiento ocurrido a uno de mis abuelos protesta enérgicamente contra lo que acabáis de decir. ¿Es posible que un admirador del Dante venga a negarnos esa sublime poesía de ultratumba, de que el desterrado de Florencia es el único modelo y de que Milton, el poeta del Norte, no es más que un pobre neófito? ¡Ah?, nosotros tenemos derecho a todas las poesías, porque hemos soportado todas las desgracias. ¿Habéis visto jamás vuestro pardo cielo delineado por sombras más luminosas que las de Francesca y Paolo? ¿Habéis visto salir de la tumba espectro más terrible que el dé Farinata de los Oberti? ¿Habéis andado nunca junto a una sombra más tierna que la del poeta Sordello de Mantua? ¡Ah! Dudáis de la Italia fantástica. Pues bien, que os dé Rossini su partitura y yo os daré el argumento para vuestro poema.

-¡Vos!

-Yo, sí; ¿no os he dicho que en mi misma familia vivía el recuerdo de una lúgubre historia?

-¡Pues bien, contádmela!

-No, porque todos la saben aquí; pero, os repito, si Rossini os entrega su partitura, yo os enviaré mi historia.

-¿Cuándo?

-Mañana por la mañana.

-Bueno, dijo Rossini, ésta noche, antes de acostarme, escribiré la overtura.

Y luego, con la copa en la mano

-¡Al éxito de la ópera Los estudiantes de Bolonia!, dijo. Todos brindaron.

Ya no se habló de otra cosa más que de aquel hermoso proyecto durante todo el resto de la comida.

A las diez dejábamos la mesa. Rossini se sentó al piano e improvisó la sinfonía.

Por desgracia, se olvidó de escribirla. Al día siguiente recibí la historia. Nunca más he oído hablar de la partitura. La historia es esta.



II
El juramento

El 1° de diciembre del año 1703, bajo el pontificado de Clemente XI y a cosa de las cuatro de la tarde, tres jóvenes que era fácil reconocer por estudiantes pertenecientes a la universidad de Bolonia, salían de la ciudad por la puerta de Florencia, y se encaminaban hacia ese hermoso cementerio que a primera vista presenta más bien el aspecto de un alegre paseo que de un mortuorio recinto.

Los tres iban a buen paso, envueltos en sendas capas y mirando a cada instante tras de sí cual si temiesen ser seguidos. Uno de ellos ocultaba algo bajo su capa, y fácil era ver que este algo era un par de espadas. Llegados al cementerio, en vez de proseguir su camino hasta la puerta, volvieron los tres jóvenes a la derecha y siguieron la pared meridional; llegados luego a la extremidad de esta pared, volvieron bruscamente a la izquierda, y, apoyados en la pared oriental, encontraron a otros tres jóvenes, dos de ellos sentados y uno en pie que al parecer les esperaban.

Al reparar en los recién llegados, los dos jóvenes sentados se levantaron y el que estaba en pie se separó de la pared. Los tres salieron al encuentro de los que llegaban.

Los tres iban también envueltos en- grandes capas; por una de ellas asomaban las puntas de dos espadas.

Cuatro de los jóvenes continuaron su camino hasta haberse reunido.

Los otros dos permanecieron separados, de manera que cuando los cuatro estudiantes se hubieron agrupado, los dos solitarios se encontraron cada uno a veinte pasos del grupo, Y, por consiguiente a cuarenta pasos uno de otro.

Los cuatro conferenciaron un instante con la mayor animación, mientras los otros dos, que parecían extraños a la conferencia, uno Agujereaba la húmeda tierra apoyándose sobre su bastón, y el otro descabezaba los cardos con su varilla.

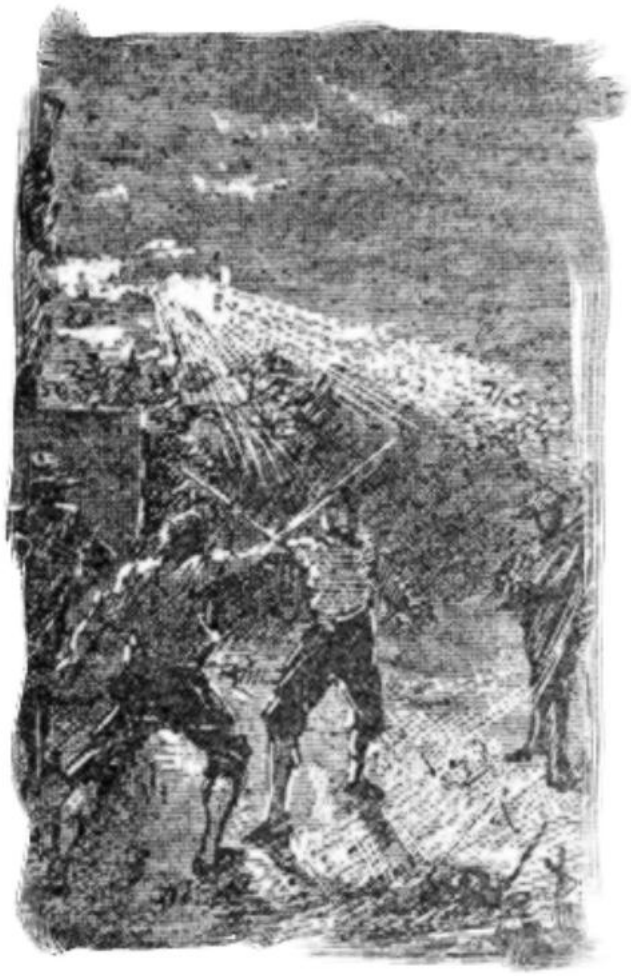
Dos o tres v eses se interrumpió la conferencia, y cada vez el grupo del centro se separó para ir a formar un doble grupo del que los dos jóvenes aislados eran momentáneamente los personajes principales.

Cada vez pudo verse cómo estos últimos hacían señales de negación, lo cual indicaba que no eran del parecer de sus compañeros o no cedían a sus demandas.

Por fin, como se prolongaban las negociaciones sin que se presentara, al parecer, solución amistosa posible, los jóvenes que llevaban las espadas las sacaron y las sometieron a la investigación de sus amigos.

Las espadas fueron entonces examinadas con el mayor cuidado, y era evidente que se discutía sobre la mayor o menor gravedad que, por lo tocante a las heridas, debía resultar de la forma de las armas. Últimamente, como no lograran ponerse de acuerdo con respecto a la elección, lanzaron al aire una moneda a fin de que fuera resultado de la casualidad.

Pronunció esta; dejáronse a un lado las espadas no designadas, y se hizo seña a los dos jóvenes quienes, después de aproximarse, y de cambiar un atento saludo, se pusieron en mangas de camisa.



En seguida, uno de ellos plantó en el suelo su bastón, y el otro arrojó su varilla sobré sus vestidos.

Ambos se acercaron.

Entonces uno de los camaradas les presentó a cada cual una espada por el puño, cruzó las dos puntas, y, retirándose hacia atrás, pronunció la palabra

-¡Adelante!

En el mismo instante arrojáronse uno sobre otro, y resbalaron las espadas hasta el 'puño.

Ambos dieron en seguida un paso atrás y se encontraron en guardia.

Los dos eran de una fuerza igual poco más o menos, pero de una fuerza inferior.

A los pocos segundos, la espada de uno de ellos se hundió casi enteramente en el cuerpo de su adversario.

-Herido, dijo el que diera la estocada y dio un salto atrás Y bajo la espada, sin abandonar, no obstante, su postura.

-No, dijo el otro, no.

-Sí por cierto.

Y el que había hablado el último, miró la hoja de su espada, enrojecida hasta los dos tercios.

-No es nada, no es nada, dijo el herido dando un paso adelante para acercarse a su enemigo. Pero, a semejante movimiento, un `chorro de sangre brotó, cayó su herida abrióse la mano que empuñaba la espada Ya ' Yo ésta al suelo. Tosió el herido ligeramente Y aun cuando quiso escupir, no tuvo fuerzas: la sangre enrojeció sus labios.

Dos de los jóvenes eran estudiantes de cirugía.

-¡Ah! ¡diablo!, exclamaron al ver aquellos síntomas que indicaban la gravedad de la herida.

En efecto casi al mismo tiempo, el herido inclinó la cabeza a sobre su pecho titubeó dio media vuelta sobre sí mismo, agitó los brazos y cayó exhalando un suspiro.

Los dos estudiantes; se precipitaron sobre e1cuerpo de su camarada, y uno de ellos le había desabrochado Y empuñaba su lanceta para sangrar al herido.

El otro que le había arremangado el brazo lo dejo " caer diciendo:

-Está muerto.

A esta palabra el que habla quedado de pie palideció espantosamente como si él mismo fuera a morir.

Arrojó su espada y dio un paso rápido hacia el cuerpo de su adversario; pero detuviéronle los dos testigos.

-¡Vamos, vamos!, dijo uno de ellos ha sido una desgracia; pero como es irreparable, no se trata de lamentarse sino de ganar cuanto antes la frontera; ¿tienes dinero?

-Unos siete u ocho escudos.

Todos registraron sus bolsillos.

-Toma dijeron a un mismo tiempo cuatro voces, y huye sin pérdida de un minuto.

El joven se puso la casaca v se embozó en la capa.

Y después de haber estrechado la mano los unos y abrazado a los otros, según el grado de intimidad que con cada cual tenía, se encaminó en dirección a los Apeninos y desapareció rápido entre las sombras primeras de la noche.

Las miradas de los cuatro jóvenes le habían seguido hasta el momento de su desaparición.

-Ahora, dijo uno de ellos, ¿y Antonio? Todas las miradas se fijaron en el cadáver.

-¿Antonio?

-Sí, ¿qué hacemos de él?

-¡Llevarle a la ciudad! ¡Te parece que le hemos de dejar aquí!

-No, sin duda, pero ¿qué diremos?

-Una cosa muy sencilla. Que nos paseábamos tranquilamente extra-muros cuando repentinamente hemos visto a Antonio y a Héctor que se batían: que hemos corrido a separarlos, pero que antes de llegar a ellos, Antonio había ya caído muerto y Héctor se había escapado. Sólo que duremos que ha huido hacia Módena en vez de decir que ha huido hacia los Apeninos: la ausencia de Héctor será una prueba en favor nuestro.

-¡Bien!

Adoptada por unanimidad semejante versión ocultaron el segundo par de espadas entre unos matorrales arrebujaron al muerto en su capa y tomaron el camino de la dudad.

Al llegar a la puerta, hicieron los jóvenes la declaración convenida; tomáronse cuatro faquines y depositando a Antonio en una litera se le condujo hasta la casa en que vivía.

Bien mirado, la mitad del dolor podían ahorrarse los jóvenes. Antonio era veneciano, su familia no habitaba en Bolonia, una carta le daría la triste nueva y uno de los jóvenes, veneciano también y que conocía la familia de Antonio, quedó encargado de escribir esa carta.

Ese joven era uno de los tres que hemos visto salir por la puerta de Florencia; se llamaba Beppo de Scamozza , el segundo era de Velletri y se llamaba Gaetano Romanoli , el tercero era el que había quedado sobre el terreno del combate.

Hemos dicho 9a del muerto todo lo que teníamos que decir. Sigamos a los vivos hasta la reducida habitación que ocupaban e n el tercer piso de una no muy lujosa casa de huéspedes.

Daban las siete de la, noche cuando los dos jóvenes, arrojando su capa sobre la cama que para los dos servia, se sentaron uno en frente de otro a los dos lados de una mesa sobre la cual brillaba un velón de tres mecheros de los que se usan aún, en nuestros días, e n las casas de Italia, y que, en la época en que ocurre nuestra historia, eran mucho más comunes que hoy.

Un solo mechero ardía con luz dudosa por la habitación. Digamos una palabra de esos dos jóvenes sobre los cuales va a concentrarse el interés de los acontecimientos que relatamos.

E1 uno, según hemos indicado se llamaba Beppo de Scamozza y era veneciano.

E1 otro, Gaetano Romanoli, era romano.

Beppo acababa de cumplir veintidós años. Era hijo natural o acababa de cumplir de un gran señor que le había asegurado una pequeña fortuna de seis u ocho mil libras de renta dejándole libre y solo en la vida.

El otro, por el contrario, pertenecía a una familia de honrados comerciantes, que, aun cuando establecidos en Roma, poseían varias casas en Velletri. Gaetano había nacido en Velletri.

La posición diferente de los dos jóvenes en el mundo donde les había arrojado la casualidad, había influido do mucho sobre el carácter y casi diría sobre el físico de cada uno de ellos; la fisonomía modifica el rostro y ¿qué es la fisonomía?, la expresión superficial de los sentimientos interiores. Suponed el mismo rostro a dos niños, en el instante de su nacimiento, y haced que esos dos niños entren en la vida, uno por el lado triste, y el otro por el lado alegre, rodeados aquél de desgracias, éste de felicidades, y a veinte y cinco años ambos rostros que antes tenían una expresión análoga, presentarán ahora una fisonomía distinta.

Beppo, aislado, sin familia, educado por extranjeros, vivía casi desterrado de la vida. Desde su infancia comía ese pan de sal amarga de que habla Dante: era alto, delgado, pálido, melancólico, los cabellos, que llevaba largos, a usanza de la época, caían en bucles negros sobre sus hombros, prefería a los trajes elegantes, que su pequeña fortuna le hubiera permitido llevar, vestidos de colores oscuros y sin bordados; verdad es que su corte subsanaba su sencillez, o que, bajo la tela y menos espléndida, Beppo de Scamozza olía a gran señor desde una legua.

Gaetano Romanoli era un alegre estudiante de veinte años, que estudiaba el derecho con intención de hacerse abogado, a fin de dejar a su hermana Betuna a la que adoraba, todas las ventajas que pudiera darle, a la época de su establecimiento, la cesión de la casa de comercio paterna. Educado por su familia, en medio de los solícitos cuidados v atenciones de que estuvo privada la infancia y la juventud de Beppo, había siempre visto la existencia bajo su aspecto alegre sonriendo siempre a la inda que le sonreía. Era un hermoso joven de mejillas bronceadas, pero llenas de frescura v de juventud; de nariz recta, mirada viva v dientes blancos que descubrían una sonrisa franca y familiar.

¿Cómo era posible que esos dos caracteres, tan opuestos, se' hubiesen en cierta manera unido tan estrechamente uno a otro? Cómo había llegado a ser un proverbio la amistad del melancólico Beppo y del alegre Gaetano? ¿Cómo no tenían más que un aposento, una mesa, y, según la' vieja tradición de los hermanos de armas, una cama? Es uno de esos misterios de atracción que sólo se explican por la simpatía de los contrastes, mucho más común de lo que se cree, y que une a menudo la fuerza con la debilidad, la tristeza con la alegría, la dulzura con la violencia.

Ambos jóvenes permanecieron un instante pensativos uno en frente de otro.

Pero, levantando la cabeza;

-¿Un qué piensas?, preguntó Beppo.

-¡Ay!, respondió Gaetano estaba pensando en una cosa terrible y es que si 1 o que ha sucedido esta tarde al pobre Antonio, llegase a sucedernos a una de nosotros nos veríamos separados para siempre.

¡Hombre!, es raro dijo Beppo ; tenía la misma idea.

-Y pensaba también, añadió Gaetano tendiendo la mano a su amigo, que con eso quedaría destruido mi más hermoso sueño.

-¿Qué sueño?

La esperanza de que te hablé varias veces, que debe hacer de nosotros mas que dos amigos, dos hermanos.

-¡Oh, sí, dijo melancólicamente Beppo; ¡Bettina!

-¡Si vieras cuan linda es, Beppo! ¡Si supieras cómo te ama!...

-¡Loco! ¿Como me ama, dices, cuando no me ha visto nunca?

-¿No te ha visto por mis ojos? No te conoce por mis cartas?

Beppo se encogió de hombros.

-Oye, dijo Gaetano, apuesto una cosa.

-¿Cuál?

-Verdad que no te ha visto nunca...

-Bien, ¿y qué?

-¿Y que? Apuesto que si la casualidad hacía que te encontrase, te reconocería.

-¡Bah! Y por otra parte, ¿a qué formar esos proyectos? Ya sabes que tu padre no dará nunca la mano de Bettina sino a un comerciante.

-Mejor eres tu que un comerciante: eras un caballero.

-¡Vaya un caballero que no deja de ser un bastardo!, dijo Beppo meneando la cabeza. No, querido Gaetano, créeme, no nos forjemos, más ilusiones que las que pueden realizarse.

-¿Y cuáles?.

-Primera la de no separarnos nunca. Y, tranquilízate, esto no te causará ninguna molestia, mientras dure tu amistad por mí, porque yo puedo seguirte a todas partes. No tengo familia, y tengo apenas patria. ¿Qué me importan las gentes entre las cuales vivo ni los lugares que habito? Si tu cesas de amarme, si llego a ser para ti una carga, tú me lo dirás; entonces nuestros cuerpos se separarían naturalmente, pues no latirían ya juntos nuestros corazones.

-¿Pero de donde diablos sacas hoy esas ideas tan tristes? , exclamó Gaetano. Amigo mío, sólo una cosa nos separará, créeme, si piensas como yo.

-¿Cuál?

-La muerte.

-Pues bien, si como yo opinas tú, amigo, dijo Beppo, ni la muerte ha de separarnos.

-Explícate.

-¿Crees que algo de nosotros nos sobreviva?

-La religión lo promete, el corazón lo dice.

-¿Crees realmente en la inmortalidad del alma?

-¡Vaya si creo!

-Pues bien, amigo, no tenemos mas que ligamos por un juramento, por uno de esos juramentos que comprometen el alma y el cuerpo; y si uno de los dos muere, el cuerpo sólo habrá dejado al cuerpo, y el alma permanecerá fiel a su amistad: lo que en nosotros ama, no es el cuerpo, es el alma.

-¿Y crees que no es un sacrilegio lo que me propones?, preguntó Gaetano.

-¡No creo que se ofenda a Dios tratando de sustraer a la muerte el sentimiento más puro que existe en el hombre la amistad!

-Pues bien, sea, dijo Gaetano tendiendo la mano a su amigo, ¡en este mundo y en el otro, Beppo!

-Espera, dijo éste.

Levantóse, fue a buscar un crucifijo suspendido a la cabecera de la cama y lo colocó sobre la mesa.

En seguida extendiendo la mano sobre la sagrada efigie:

-Por la sangre de Nuestro Señor, exclamó solemnemente, juro a mi hermano Gaetano Romanoli, que si muero el primero, fuera cual fuese el lugar en que cayere mi cuerpo, o se extinguiera mi vida, mi alma irá a encontrarle y le dirá cuanto le sea permitido decir de ese gran misterio que llaman la muerte.

Y este juramento, añadió Beppo, elevando al cielo una mirada llena de fe y de piedad, este juramento lo hago plenamente convencido de que no ataca, en nada los dogmas de la religión católica apostólica y romana, en la cual he nacido y en la cual confío morir.

A su vez extendió Gaetano la mano sobre el crucifijo, formulando el mismo juramento con las mismas palabras.

En aquel instante llamaron a la puerta.

Los dos jóvenes se abrazaron; Y, los dos a un mismo tiempo:

-¡Adelante!, exclamaron.



III
Los dos estudiantes de Bolonia

Entró un hombre con una carta en la mano. Era el criado del administrador de correos. El correo de Roma llegaba por la noche a Bolonia y por lo común no se recibían las cartas hasta la mañana. Pero el director, al preparar de antemano las cartas colocáis bolas en las diferentes cajas donde debían esperar a las personas a quienes iban destinadas había reconocido una dirigida a él; abrióla y halló en ella otra que, según le suplicaban, debía entregar inmediatamente a Gaetano Romanoli estudiante en Bolonia.

El joven era conocido del administrador, quien se había apresurado a enviarle aquella misiva que tan urgente parecía.

Tomóla Gaetano de manos del mensajero, al cual dio una moneda; en seguida, vacilando, se acercó a la lámpara.

-¿Qué tienes?, le preguntó Beppo. ¡Palideces!

- Carta de mi hermana, murmuró Gaetano enjugando el sudor que inundaba su rostro.

-¡Y bien! ¿Qué motivo hay para palidecer... para temblar?

-Algo grave ocurre en mi casa.

-¿Y en qué lo conoces?

-Conozco tanto a Bettina, dijo Gaetano, que adivino en la simple inspección de su carta el sentimiento que la ha dictado No necesito abrir la carta para saber si es triste, alegre o indiferente. El sobre me lo dice todo.

-¿Y esta vez, que te dice el sobre?..., añadió Beppo, lanzando sobre la carta una mirada inquieta.

-Que Bettina me ha escrito llorando. Mira si no, ahí tienes las dos primeras letras de mi apellido... un sollozo las ha interrumpido.

-¡Oh, te engañas!, dijo Beppo.

-Lee tú mismo, respondió Gaetano dando la carta a su amigo, sentándose y ocultando, con un suspiro, la frente entre las manos.

Beppo abrió la carta, pero su mano púsose a temblar a las primeras líneas y miró tristemente a Gaetano.

Este lloraba.

-¡Valor, amigo!, dijo Beppo con tierno acento y apoyando a mano sobre el hombro de su amigo.

Gaetano alzó la frente. Las lágrimas se deslizaban a lo largo de sus mejillas.

-No me falta, dijo. ¿Qué ha sucedido?, habla.

-Tu padre está muy enfermo, y desea verte antes de morir.

-¿No ha muerto aún?, exclamó Gaetano.

Brilló un rayo de alegría en sus ojos .

-No.

-¿Me engañas?

-Lee tú mismo. Gaetano tomó la carta y leyó.

-¿Cuándo partimos?, dijo Beppo.

-Querrás preguntar cuándo parto yo, pues tú te quedas.

-¿Y Por que he de quedarme yo si tu partes?

-Porque dentro de tres días has de examinarte para el grado de doctor, porque la tesis está ya impresa, porque has hecho tus regalos a los profesores:

-Pues bien, dejaremos esto para nuestro regreso.

-No, porque, mediante Dios no volverás.

-¿Entonces quieres que te deje partir solo?

-Tan pronto como hayas terminado tu examen, irás a reunirte conmigo. Si tenemos la dicha de salvar a nuestro padre, tú nos ayudarás a salvarle, y al fin de la convalecencia, te mirará como de la familia; si muere, tú perteneces ya a ella: mira, no dice Bettina al terminar su carta: mil expresiones a nuestro querido hermano Beppo?

-Haré lo que quieras Gaetano. Reflexiona sin embargo...

-Estoy resuelto, yo parto esta noche, al instante mismo, tu partirás dentro de tres días. Acompáñame únicamente a tomar un carruaje, a fin de que no nos separemos hasta lo más tarde posible.

-¡Vamos!, dijo Beppo.

Gaetano metió una poca ropa blanca y un frac en un saco de noche tomó todo el dinero que tenía, introdujo las pistolas en sus bolsillos y, con su carta de estudiante por pasaporte, bajó a buscar un carruaje.

En la misma casa-correo encontró el joven todo lo que deseaba. Gaetano, debía dejar la silla en casa del maestro de postas de Roma que era pariente del director de Bolonia.

Al cabo de diez minutos estaban enganchados los caballos. Al ver a su amigo subir al carruaje, Beppo insistió de nuevo en acompañarle, pero Gaetano se mostró inflexible: le recordó los exámenes, repitió diez veces a Beppo que la separación no pasaría de tres días y que al tercero partirían n a su vez Beppo cedió.

Crujió la silla, el postillón chasqueó su látigo, partieron los caballos y los dos amigos cambiaron todavía un adiós. Beppo esperó que la silla hubiese desaparecido, y, cuando el ruido de las ruedas, que parecía aún prolongar la presencia de Gaetano junto a él se hubo extinguido completamente, exhaló un suspiro y regresó a su casa triste y cabizbajo. Penosa sensación, cuya tristeza no intentaremos describir, se apoderó de Beppo al entrar en el solitario cuarto, donde todo atestiguaba la reciente presencia del amigo que acababa de dejarle.

Sentóse a la misma mesa junto a la cual estaba aún la silla vacía en que una hará antes estuviera sentado Gaetano; después, resuelto a no acostarse, fue a buscar libros, pluma y papel y se Puso a trabajar.



Pero, ¡cosa singular!, durante su trabajo, tres veces se apago la lámpara, no de pronto, no por casualidad sino por sí misma como una boca que cesa de respirar, como un alma que se escapa.

Por tres veces Beppo la encendió asegurándose cada vez de que no se había apagado por falta de aceite, pues que al asomar el día el recipiente estaba lleno hasta la mitad.

Beppo era supersticioso como lo son todos los melancólicos. Su pesar de haber abandonado a Gaetano se trocó casi en remordimiento, su tristeza llegó a ser casi desesperación.

Además, por una coincidencia extraña, la lámpara se apagó mientras Beppo que, como lo hemos dicho, se había encargado de participarles la triste nuera, escribía a los parientes de Antonio. Amaneció sin haberse acostado Beppo. El joven había contado con el día para desechar sus ideas sombrías, pero el día era triste como de invierno; y, aun cuando el estudiante se esforzó en trabajar, el trabajo no pudo distraerle ni un momento de la incesante aprensión de que Gaetano corría algún peligro.

En efecto el camino es largo de Bolonia a Roma, y no siendo aún hoy día muy seguro para los viajeros que corren la posta de noche, menos lo sería en la época de estos acontecimientos. Por prisa que se diera Gaetano, no podía contar su amigo con que hiciera el camino de Bolonia a Roma en menos de sesenta horas, y como había partido por la a noche, como no debía detenerse como Beppo sabía que bajo ningún pretexto se detendría resulta que eran tres noches de peligro las que debía pasar.

Transcurrió el día lleno de tristeza y terminó más triste aún. El entierro de Antonio estaba fijado para la noche; efectuóse a la luz de las antorchas, como es costumbre en Italia, y toda la universidad de Bolonia, menos el matador, y Gaetano figuró en la comitiva.

A cosa de las once, Beppo entró tan fatigado en su habitación, que no pensó siquiera en luchar con el sueño; se acostó, y se durmió en seguida.

Pero apenas se hubo apagado la lámpara, apenas cerró los ojos, apenas el pensamiento habla perdido su lucidez, Beppo lanzó un grito, saltó fuera de su lecho y, a tientas, corrió a apoderarse de su espada.

Daban las once.

Tras un instante de reflexión Beppo encendió luz Y sentóse, pálido y pensativo, sobre su cama, sin abandonar la espada.

Aacaba de soñar que Gaetano, detenido en medio de un camino, luchaba contra una docena de hombres de patibularios rostros. Había creído oír la doble detonación de las pistolas; Y, despierto como estaba aún una voz sonaba todavía en sus oídos pidiendo socorro.

No obstante, al cabo de algunos minutos, su razón pareció dominar ese terror que nada motivaba; se volvió a acostar y volvió a dormirse.

Pero su sueño prosiguió como una acción empezada y que debía terminarse.

Vio a Gaetano tendido a orillas del camino, con una herida en el corazón.

Después, por fin, en medio de un solitario paisaje, entre montañas cubiertas de nieve, una huesa abierta recientemente y cuyo negro hoyo destacábase cual fúnebre mancha en la blanca capa del invierno.

Cuando Beppo despertó, después de ese tercer sueno, el sol brillaba esplendoroso.

Era el día en que deba presentarse a examen, pero en lugar de ello, el joven se levantó, vistió su traje de camino, tomó a su vez sus armas y su bolsa, compró el más vigoroso caballo que pudo encontrar, y partió para reunirse con Gaetano o tener a lo menos noticias suyas. Estaba resuelto a viajar noche y día, siguiendo el camino que emprendiera su amigo. Cuando su caballo no pudiese llevarle, compraría o alquilaría otro.

Con esta resolución, marcho desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche sin más interrupción que un alto de media hora en Lojono; por la noche bien hubiera querido proseguir su camino, pero negóse su caballo. Había andado cincuenta millas y tenía necesidad de algunas horas de descanso.

Preciso le fue pues a Beppo detenerse, como hemos dicho, a las diez de la noche, en Monte Carelli, aldehuela perdida en el corazón de los Apeninos.

Detúvose en una posada donde no se alojaban comúnmente más que carreteros, y después de haber cuidado a su caballa del que se ocupaba con preferencia, pensó en él y pidió de cenar.

Como se vio fácilmente que el joven pertenecía a una clase de viajeros superior a la que acostumbraba detenerse en el mesón de Porta Rossa se le sirvió su cena en aposento aparte.

Este consistía en una sala baja iluminada apenas por una mala lámpara, sala donde habla hecho entrar a Beppo una vieja, en tanto que delante de él ponían una mesa donde comer un par de chuletas Y una tortilla con salchichón.

Mientras ocurrían esos preliminares, el joven se paseaba de arriba abajo, ansioso Y escuchando el ruido de su espada al dar contra sus piernas. Llegaron por fin los dos platos esperados. La vieja acabó todos los preparativos poniendo un vaso y una botella sobre la mesa, preguntó a Beppo si necesitaba algo más, en vista de su contestación negativa salió dejando al viajero solo.

Beppo tenía prisa de engullir la flaca colación, durante la cual esperaba que su caballo recobraría fuerzas para continuar el camino. Desciñó, pues, la espada, dejóla allí cerca y fue a sentarse.

Pero, apenas habla tomado asiento, cuando a la otra parte de la mesa, frente a él, vio, sin saber por dónde entró ni cómo había ido allá, a Gaetano sentado, los brazos sobre el pecho y sonriéndole tristemente.



Aunque no era aquella la expresión que irradiaba por lo común en el' rostro de su amigo, Beppo le reconoció y lanzo un grito de alegría.

-¡Ah, eres tú, mi querido Gaetano!, exclamó levantándose para abrazarle.

Pero no abrazó más que el aire. Sus brazos abiertos volvieron a juntarse sin haber tocado nada. Por tres veces se desvaneció la aparición como un vapor en los brazas del afligido joven. Y sin embargo, el espectro permanecía visible y sentado siempre en el mismo sitio.

Beppo empezó a comprender que tenía que habérselas con una sombra; pero como era la del hombre que más había amado en el mundo, no se aterró y comenzó a interrogarla.

No solamente no recibió respuesta, sino que poco a poco palideció la visión, se borró y desapareció.

El fantasma venía esta vez a confirmar el sueño, y Beppo ya no pensó más que en Gaetano. Algún grave acontecimiento debía haberle sucedido a su amigo, para que Dios le enviara aquella doble advertencia. Llamó, pues, a la posadera, pagó la cena que no había comido y dirigiéndose a la cuadra, ensilló por si mismo el caballo y partió.

Hubiérase dicho que algo sobrenatural sostenía al caballo y al caballero.

Beppo viajó lo restante de la noche, y la mañana del siguiente día; por la tarde, después de tres páralas, más por atender a su cabalgadura que a él, llegó a Assise a eso de las siete.

Allí, por deseos que Beppo tuviera de seguir su camino, fuerza le fue detenerse. Su caballo no podía ya dar un paso.

El necesitaba también descanso. Durante una noche y dos días habla andado casi sin parar. Pidió una cama y se acostó. Sin embargo, fuera cual fuese la fatiga del cuerpo en Beppo, la turbación del espíritu era todavía mayor, de forma que no pudo dormirse.

La ventana de su cuarto no tenía cortinas ni celosías, y la luz de la luna penetraba a través de los cristales, tanto más clara cuanto que la avivaba el reflejo de la nieve que Beppo había encontrado algunas leguas antes de llegar a Assise.

Beppo hallábase, pues, recostado en su cama, fijos los ojos en el rayo de pálida luz que atravesaba su aposento, cuando repentinamente oyó pasos en la escalera que crujía bajo la presión. Estos pasos se acercaban a su puerta.

La puerta se abrió.

Beppo cogió una de las pistolas colocadas sobre su mesa de noche y dirigió el cañón hacia la puerta.

Pero en el umbral apareció un joven envuelto en una capa negra cubierta de nieve; se adelantó hasta el lecho, separó la capa que le cubría parte del rostro, y Beppo reconoció a su amigo.

Arrojó el estudiante su pistola, lanzó un grito y quiso precipitarse fuera del lecho, pero hízole Gaetano con la mano una seña, triste e imperiosa a un mismo tiempo.

Beppo permaneció sin voz, sin aliento, sin movimiento, los ojos espantosamente dilatados en aquella oscuridad pálida como una aurora boreal.

No le cabía duda a Beppo de que era la misma visión que se le había aparecido ya en Monte Carelli. El espectro empezó por despojarse de su capa y después de su traje, haciendo seña con la mano a Beppo para que le cediese en la cama su sitio acostumbrado.

Luego, se acostó junto a él.

Beppo estaba, a la vez, tan conmovido .y tan aterrado, que permaneció inmóvil, tendido, apoyado en un brazo y contemplando a su amigo.

En seguida, después de un Instante:

-Gaetano, dijo voz baja, ¿eres tú? Habla, respóndeme.

Gaetano guardó silencio.

-Si Dios, continuó Beppo, permite que se interrumpan las leyes ordinarias de la naturaleza, será con algún fin. Dime, pues, qué quieres, amigo, y te juro hacerlo por nuestra amistad en este mundo.

Gaetano tampoco respondió.

-¿Estás muerto, amigo mío, continuó Beppo, y vienes en virtud del juramento que nos hemos hecho de no separarnos, n1 aun después de la muerte? En tal caso, amigo, mira, no te evito.

Y pronunciando tales palabras, Beppo se acercó a su amigo con los brazos abiertos-, pero exhaló un grito; pues le pareció haber tocado una estatua de hielo.

Algo parecido a un estremecimiento mortal acababa de conmover el cuerpo del vivo.

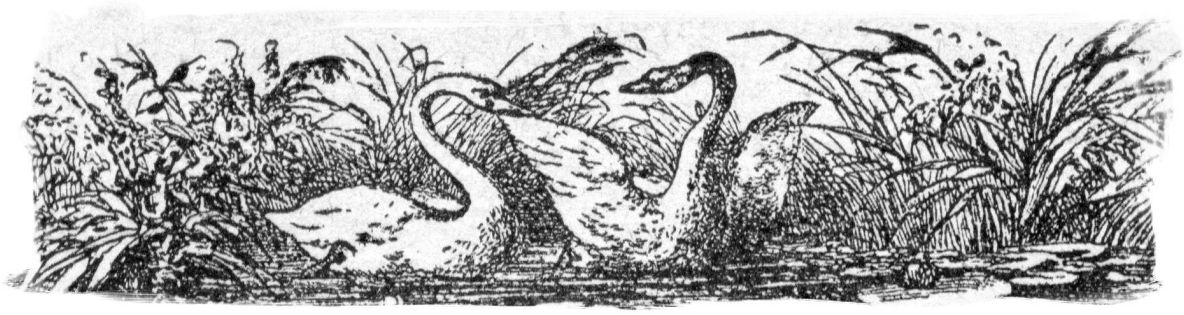
En cuanto al muerto, con la misma sonrisa triste que Beppo habla visto va en sus labios, se levantó, recogió uno después de otro sus vestidos, y salió del aposento, con la cabeza constantemente vuelta hacia su amigo y saludándole con la mano en serial de adiós.

En el momento en que Gaetano atravesaba el umbral de la puerta, Beppo creyó oír un prolongado suspiro.

Luego el ruido de los pasos se alejó gradualmente, como al acercarse.

-¡Oh, decididamente, murmuró el joven dejando caer su cabeza sobre la almohada, decididamente Gaetano ha muerto!...¡muerto!





IV
Los bandidos

Fuese entorpecimiento, fuese fatiga, Beppo no despertó hasta al amanecer. Una noche entera había bastado a su caballo para descansar y estaba dispuesto y pronto: Beppo montó y prosiguió su camino.

Hasta entonces había ido informándose en todas las posadas para saber si el día anterior había pasado por allí un joven de veinte a veinte y un años, solo en su silla, siguiendo el camino de Bolonia a Roma.

Hasta entonces en todas partes había tenido noticias positivas de Gaetano.

A causa de la nieve, el camino ya malo durante el estío, había llegado a ser casi intransitable; de modo que todo lo que Beppo pudo hacer durante esta jornada, fue llegar a Terni.

En Strettura, es decir, dos leguas antes de llegar a Terni, e viajero había hecho su pregunta acostumbrada, y le contestaron que en efecto habían visto a Gaetano.

A las cinco de la tarde, Beppo llegó a Strettura, y cuando, después de haberse asegurado del tránsito de su amigo, supo que había continuado su camino hacia Terni, se apresuró hacer otro tanto, pero entonces el dueño de la posada, con el cual hablaba, movió la cabeza y le dio el consejo de no ir más lejos; el camino encerrado entre dos cadenas de los Apeninos, estaba infestado por una cuadrilla de bandidos y todos los días se ola contar alguna hazaña horrible de aquellos miserables.

Pero Beppo no había nunca tenido miedo a los vivos, y la idea de que era el espectro de Gaetano el que le había aparecido, le infundía fuerza superior; declaró, pues, que le corría mucha prisa llegar a Roma y que no conocía peligros capaces de detenerle en su camino.

Aseguró se de que tenía en buen estado pistolas y espada, dio de espuelas a su caballo, y se internó en el valle que conduce de Strettura a Terni.

En efecto, no hay sitio más a propósito para una emboscada; bosques inmensos se extendían a lo largo de aquellos senderos; enormes rocas de granito se habían desprendido de la montaña y rodado hasta orillas del camino. Hubiérase dicho que era aquella la senda desolada de que habla Dante, que atraviesa el Caos v que conduce al Infierno.

Beppo esperaba ser atacado a cada minuto; pero, indiferente a su propia suerte, observaba con calma y frialdad cada revuelta del camino que parecía amenazarle con alguna emboscada, y al acercarse a un lugar temible, Beppo hacía apenas el movimiento de un hombre que se inclina sobre la silla. Atravesada el sitio sin accidente, levantábase otra vez con la sonrisa del desprecio ante ese peligro que parecía no atreverse a ir hacia él.

Por fin, distinguió las luces de la población, dirigióse en línea recta a la, posada e hizo su pregunta.

Pero allí se interrumpían los informes; no sólo no habían visto a Gaetano, ni podían darle noticias suyas, sino que ni pasó por allí en quince días una silla de posta; el rumor de los estragos ejercidos por la banda de ladrones de quienes oyera hablar Beppo en Strettura, hacia que todos los viajeros prudentes retrocediesen y tomasen el camino de Aguapendente.

El caso es que Gaetano que había llegado a Strettura, no había aparecido en Terni. Perdfanse sus huellas en el camino que conducía de una a otra población.

Beppo había observado, fuera de Terni, que en el camino que acababa de seguir, había una posada que parecía un centinela , perdido sobre aquella roca maldita. Pensó entonces que en aquel mesón 'que le acercaría al sitio donde según toda probabilidad habían detenido a Gaetano, podría adquirir noticias suyas más fácilmente que en la población.

Retrocedió y entró en el mesón que tenía por muestra:

MESON DE LA CASCADA DE TERNI

Una silla de posta estaba parada en el patio. Creyó reconocerla y se informó, pero le dijeron que pertenecía a una joven dama de Roma, que salía al encuentro de su hermano o de su ido' y que se había detenido allí, hacía dos horas, advertida del peligro que corría atravesando de noche semejante desfiladero.

Allí, Beppo habló nuevamente de su amigo; pero, aun cuando se dirigió a todas las personas de la posada, desde el dueño hasta el mozo de cuadra, nadie pudo darle las noticias que pedía.

Beppo temía y deseaba al mismo tiempo el instante en que iba a encontrarse solo. Las dos apariciones que habían tenido lugar en dos noches, una en Monte Carel]¡, otra en Assise, se habían apoderado completamente de su espíritu, y persuadido estaba de que no pasaría la noche sin que volviera a ver a Gaetano.

Probó un bocado en el comedor y bebió un poco, prestando atento oído a las conversaciones por si traslucía algo de Gaetano ; pero aunque la conversación versaba sobre los bandoleros nada oyó que fuese relativo al objeto único que le interesaba.

Retiróse entonces a su aposento. Allí estaban su último temor y su postrera esperanza, faltábanle los medios humanos; los recursos sobrenaturales iban sin duda a acudir en su socorro.

Beppo nada hizo para provocar una nueva aparición ni para defenderse; se desnudó, se acostó, apagó la lamparilla 'y se durmió encargando a Dios el cuidado de su cuerpo y de su alma.

A las once despertó sobresaltado. Algunos segundos transcurrieron durante los cuales se borraron de su alma las ligeras nubes que sobreviven un instante al sueño; en seguida oyó el mismo ruido que oyera la víspera en Assise, es decir, el de unos pasos haciendo crujir la escalera. Estos pasos, como la víspera, se acercaban al aposento, abrióse la puerta y apareció Gaetano.

Beppo creyó que, como la víspera, el espectro iba a desnudarse y acostarse junto a él. Parecíale tierna y siniestra a la vez aquella cohabitación con un amigo muerto, y retrocedía ya para cederle su sitio, cuando el espectro le hizo seña de que se levantara.

Sea que no comprendiese, sea que titubease, Beppo tardaba en obedecer.

Entonces Gaetano se quitó la capa cubierta de nieve. Como la víspera, estaba desnudo bajo la capa, y mostraba en su pecho una herida sangrienta que indicaba 'él con el dedo a su amigo. Beppo, desesperado, lo comprendió todo, arrojóse de su lecho y se vistió a toda prisa.

En pie, a pocos pasos de la cama, el espectro esperaba inmóvil.
Cuando Beppo se halló pronto:
-Héme aquí, dijo, ¿qué ordenas?
Sin responderle, Gaetano hízole seña de armarse.
Beppo ciñó su espada y prendió al cinto sus dos pistolas.
-¿Así? preguntó.
El espectro hizo una seña con la cabeza, y, sin dejar de mirar a su amigo para ver si le seguía, se encaminó hacia la puerta sonriendo tristemente como para darle ánimo a Beppo y que nada temiera de él.

Salieron así del mesón, abriéndose ante ellos todas las puertas, o por mejor decir abriendo el espectro por donde iba un agujero que daba paso a ambos y que se cerraba detrás de ellos.



Después de haber seguido la carretera por espació de un cuarto de hora poco más o menos, el espectro tomó un sendero á través de los matorrales y de las piedras; seguíale Beppo espada

en mano y reparando con terror que los pasos del fantasma no se imprimían en la nieve, pero que, en cambio, su sangre dejaba un largo rastro en pos de sí. Dos o tres veces, con la esperanza de que su amigo respondería a sus preguntas, Beppo le dirigió algunas tiernas palabras; pero cada vez, como si hubiera temido que el ruido denunciara la presencia de un ser viviente, Gaetano se puso el dedo en los labios invitando a Beppo a callarse.

Por lo demás, bien pronto fue inútil semejante recomendación, porque a medida que penetraban en el monte, iban acercándose a la cascada cuyo ruido era tal que dos personas no hubieran podido oírse por muy alto y por muy cerca que se hubiesen hablado.

Pero una cosa llamaba sobre todo la atención a Beppo,` y era que a medida que en la montaña se internaban, reconocía el paisaje que en sueños había visto, completándose este paisaje con el aspecto de la huesa removida recientemente como una mancha en la vasta capa de nieve que cubría la tierra.

Beppo no tenía necesidad de explicación alguna. El espectro de Gaetano le había conducido al sitio donde había sido enterrado; arrodillóse, pues, ante la funeraria tierra rezando por su amigo. Entre tanto, el espectro había permanecido de pie, y parecíale a Beppo que se unía a él en la oración.

Cumplido este piadoso deber, Beppo extendió su espada sobre la tumba de su amigo, juró vengar su muerte, y después, habiendo cortado dos ramas de encina, las unió en cruz y plantó la cruz sobre la huesa.

Ayudado por aquel rastra de sangre y por la cruz, no podía dejar de reconocer la tumba y el camino que a ella conducía. Sin duda en aquel momento el espectro juzgó que Beppo había hecho todo lo que debía hacer, porque, sin preocuparse del camino seguido, tomó otro a través de las rocas, mirando si Beppo continuaba siguiéndole.

El joven, que se sentía impelido por una fuerza sobrenatural, siguió al espectro para interrogarle sobre lo que debía, hacer. El espectro había desaparecido.

Un momento después oyó ruido de pasos y de voces en dirección opuesta a la que él seguía.

Beppo se separó del camino y se ocultó tras de una roca. Allí esperó para saber quiénes eran las personas que se aventuraban a atravesar de noche semejante camino.

A medida que se iban acercando aquellas personas, parecíale oír una voz de mujer.

No se engañaba. En medio de un grupo de cinco personas que seguían el sendero que acababa de dejar y que se dirigían hacia el lado donde estaba la tumba de Gaetano, hallábase una mujer.

Las otras personas eran: un guía, con una antorcha encendida, un hombre vestido a la manera de los montañeses de los alrededores de Roma, y dos hombres más que parecían dos criados.

La mujer era una joven de diez y nueve a veinte años apenas, vestida completamente de negro; extraña resolución animaba su semblante. Llevaba una pistola en la mano.

Los dos lacayos, qué parecían ser de su comitiva, va, iban armados también, pero no el montañés ni el guía.

Llegada a pocos pasos del sitio donde estaba escondido Beppo, La joven se negó a ir más lejos.

-¡Desgraciado!, decía dirigiéndose al montañés que parecía servirles de guía, he consentido en seguirte porque me has prometido llevarme al sitio en que está mi hermano,, dos horas hace ya que andamos; ¿dónde está?

-Tened paciencia, señora, dijo el hombre, ya llegamos.

Y miraba a su alrededor como hombre que busca por donde escapar,

-Acuérdate de lo que te he dicho, replicó la joven en tono firme y elevando su pistola hasta, la altura del pecho de aquel hombre ; si tratas de fugarte, eres muerto.

-¡Oh! no lo deseo, *signora*.

Y su inquietud desmentía sus palabras.

-Si da un solo paso atrás, dijo la joven a los dos lacayos, matadle.

-Pero, ¿dónde están? ¿Dónde están? murmuró el hombre desesperado.

-Sí, te faltan tus cómplices, dijo la joven. Oye; no morirás porque trates de fugarte, sino te niegas a responder. Tú has ido a Roma a llevarme esta carta de mi hermano en que me anuncia estar prisionero. Los bandidos habían fijado 'su rescate en veinte mil escudos; diez mil deberían serte entregados, y diez mil te han sido entregados; diez mil debían, en el término de tres días, ser traídos por una persona que no pudiera inspirar temor a tus compañeros, y a esa persona mi hermano debía serle entregado sano y salvo. Esta persona soy yo; he aquí los diez mil escudos. ¿Dónde está mi hermana?

A estas últimas palabras, Beppo lo había comprendido todo salió pues de su escondite y se dirigió al grupo.

Creyó la joven que era víctima de una sorpresa, y sin el menor espanto al parecer, hizo un movimiento de amenaza contra el bandido.

Pero Beppo extendió la mano.

-Sois Bettina Romanoli, hermana de Gaetano Romanoli, ¿no es verdad? dijo el estudiante, respondió la joven. Fuego, mirándole con atención

-¡Y vos, añadió, vos sois Beppo de Scamozza!

-¡Ay! sí, señora, y vengo de Bolonia esperando llegar a tiempo para socorrer a mi amigo.

-Y yo de Roma con el resto de la suma que exigían los bandoleros que le prendieron. Este hombre que se llevó la primero partida, debía esperarme en 'el mesón de Porta Rossa para recibir la segunda; pero antes de entregársela he exigido que me fuera devuelto mi hermano. Entonces se me ha ofrecido a conducirme donde estaba Gaetano, y he consentido, pero acompañada de esos dos fieles criados. Dos horas hace que andamos a través de la montaña y acabo de detenerme convencida de que este hombre nos vende.

-Bien esta; vigilad ese hombre ahora más que nunca, dijo Beppo a los dos criados.

Y volviéndose hacia Bettina

-Voy a serviros de guía, le dijo; ¿tenéis confianza en mí?

-¿No sois el mejor amiga de mi hermano? dijo Bettina tendiéndole la mano a Beppo.

-Vamos, dijo éste.

Beppo volvió a seguir el camino por el cual habla pasado pocos momentos antes, y condujo a Bettina hasta la tumba.

-Allí, señalándosela con el dedo.

-¡Bettina, hermana mía, valor, le dijo. Aquí está nuestro hermano Gaetano.

Bettina soltó un grito y cayó de rodillas.

El hombre se aprovechó de ese momento de turbación para intentar fugarse, pero los criados no se descuidaban, y se le frustró el intento.

Los dos levantaron sus pistolas y le amenazaron. Estremecióse Beppo en aquel instante, porque acababa de volver a ver la sombra de Gaetano.

La sombra de Gaetano que se mantenía a diez pasos de la huesa y hacía seña a Beppo de que le siguiera.

Beppo se inclinó en señal de obediencia.

Luego, dirigiéndose a los dos criados:

-Vigiladme a ese hombre, les dijo, vuelvo en seguida. Y siguió al espectro que se alejó en dirección de la cascada. A1 cabo de cinco minutos, los dos seguían un sendero, tan próximo a ella, que les mojaba el salto del agua.

A1 cabo de otros cinco minutos, habían llegado a la cumbre de la montaña, allí donde la cascada, rueda, rápida y mujidora, encajonada en una especie de canal de doce a quince pies de ancho.

Es imposible atravesar a nado aquel torrente. Quien a ello se atreviese, sería arrastrado por las aguas, arrojado como una flecha y precipitado de quinientos pies de altura.

Aísla una parte de la montaña cortada a pico de todos lados y a la cual no puede llegarse más que por un puente arrojado sobre el mujidor abismo.

El espectro se detuvo delante del puente.

Componíase éste de tres troncos de abeto; sin duda se había necesitada la fuerza de veinte hombres reunidos para llevar cada uno de aquellos abetos a lo alto de la montaña y recostarlos sobre el torrente.

Beppo procuraba leer en los ojos del espectro la intención que le había guiado al conducirle ahí,.

El espectro hizo subir a Beppo a la cima más elevada de la montaña, y desde allí señóle la sombría abertura de una caverna situada a unos seiscientos pasos de la otra orilla.

De cuando en cuando, iluminábase la boca de esta caverna, y, después gritos do orgía y carcajadas salían de ella, dominando el rugido de la cascada.

En aquella caverna los bandidos que habían asesinado a Gaetano fueron a buscar un asilo por la noche.

Beppo no comprendía el objeto que se había propuesto el espectro al conducirle hasta allí; pues, según toda probabilidad, antes de que tuviera tiempo para regresar a Terni y guiar allí suficiente para combatir a los bandidos, habría amanecido, fugándose la banda.

Gaetano adivinó lo que pasaba en el corazón de su amigo y meneó la cabeza.

-Habla, preguntó Beppo, ¿debo ir a ellos y atacarles solo? Siendo a tus órdenes, obedeceré sin vacilar, sin miedo.

Gaetano meneó otra vez la cabeza, bajó de la cumbre y se dirigió al torrente.

Llegado al puente, hizo seña a Beppo de que levantara los abetos y los arrojase al río.

-Cómo! dijo Beppo, se necesitan veinte hombres para llevar a cabo obra semejante, obra imposible a un hombre solo.

El espectro hizo una seña que quería decir:

-¡*Pruébala*!

Beppo se inclinó; acababa de recordar aquellas palabras del Evangelio:

"Cree, y con la fe levantarás montañas."

Creyó firmemente, se bajó, cogió uno de los abetos por, su extremidad, y sin más dificultad de la que le hubiera ofrecido una sencilla rama, lo dejó caer en el río que lo arrastró como una jora cualquiera.

Hizo mismo con el segundo. Después con el tercero.

Luego escuchó.

Y sucesivamente, como tres cañonazos, oyó, dominando el ruido de la cascada, el ruido de la caída de aquellos gigantes del bosque.

El puente estaba destruido, y prisioneros los bandidos.

Quizá, en medio de la orgía, oyeron ellos también aquel ruido sordo y amenazador; pero sin duda lo confundieron con alguno de los rumores accidentales que despiertan, durante la noche, los ecos de las montañas.

Entonces Gaetano volvió a emprender el camino que había seguido, y que conducía a su tumba. Al cabo de diez minutos, Beppo que marchaba en pos de él, vio nuevamente el grupo en el sitio mismo donde le había dejado.

La antorcha del guía iluminaba a Bettina rezando siempre, y a los dos criados guardando al bandido.

Beppo se volvió hacia el espectro para enterarse de lo que debía hacer, pero sin duda estaba ya cumplida la obra sobrenatural. Gaetano hizo un gesto de adiós y abrió los brazos como para llamar a su amigo; Beppo se precipitó en sus brazos abiertos; pero disipóse el espectro como un vapor, lanzó un suspiro y desapareció.

Beppo bajó tristemente al sitio donde estaba Bettina.

-Señora, le dijo, ¿ya todo lo sabéis ahora verdad? Volvámonos pues a Terni, y mañana haremos exhumar el cuerpo de nuestro infeliz amigo para tributarle los últimos deberes.

-Pero, preguntó la joven, ¿y es bastante para consuelo de su alma que repose su cuerpo en tierra santa? ¿ No pensaremos en vengarle?

-La venganza está ya cumplida, señora, dijo Beppo. Y contó lo que acababa de hacer.

-Pero, es imposible, exclamó el bandido que había escuchado la relación con el terror de un condenado; serían necesarios veinte hombres para levantar cada uno de los abetos que forman el puente.

-Dios me ha ayudado, respondió sencillamente Beppo.

Y, siguiendo el camino trazado por el rastro de sangre que Gaetano dejó sobre la nieve y que sólo él veía, condujo a la pequeña comitiva a la posada de Porta Rossa.

Allí, el ladrón, entregado en manos de la Justicia, confesó que en el momento de su regreso con los primeros diez mil escudos se había a promovido una disputa entre los bandidos sobre el reparto de la indicada suma; entonces uno de los miserables, viendo que le tocaba menos cantidad que a los demás, había dado una puñalada a Gaetano para Armar al capitán del resto. Entonces fue, cuando para no perder aquella segunda partida, el bandido se había ofrecido a guiar a la joven hasta un sitio, donde, creyendo encontrar a su hermano, debía caer en una emboscada que la privaría de su vida y de su dinero.

Pero, el valor de Bettina, la actitud amenazadora de los dos criados, desviaron el curso del drama. El bandido, conociendo que su muerte sería el pago inmediato de su traición, en lugar de ir reunirse con sus compañeros en la caverna, anduvo errante gran parte de la noche, esperando siempre encontrar ocasión de escaparse. La repentina aparición de Beppo le había ocasión de esa última esperanza.

Al día siguiente, la exhumación del cuerpo de Gaetano tuvo lugar en presencia del clero de Terni y de una partida de fuerza armada. El cadáver tenía en el pecho la misma herida ancha y profunda que el espectro había mostrado a Beppo.

En cuanto a los bandidos, como se sabía que no tenían más salida que el puente de abetos y que este puente estaba destruído, no se trató ni siquiera de apoderarse de ellos. La tierra estaba cubierta de nieve y no les presentaba ningún recurso; murieron de hambre. Los cadáveres de tres de ellos que habían tratado de atravesar el torrente a nado, fueron hallados sobre las rocas de la cascada.

Por lo que toca al cuerpo de Gaetano, fue conducido a Roma, escoltado por Bettina, Beppo y los dos fieles servidores.

Un año después, según el deseo de Gaetano, Beppo era el esposo de Bettina.

